

# Salta y la guerra de Independencia en los Andes meridionales

*por Sara E. Mata de López*

Abstract. – In the last decades, the Latin American historiography has analysed the building of national states, calling into question the idea that their existence was due to the first independence movements. From this perspective, we want to consider the independence war in the Intendencia de Salta del Tucumán and the actions taken by its governor, Martín Miguel de Güemes, in the context of the independence war in South America, paying special attention to the economic and social insertion of the region of Salta and Jujuy into the South Andean space, and the social tensions arising from the social insurgence and mobilization.

We want to show how – during the turbulent period of the independence struggles – the local power is legitimised by political alliances of the leading elite – between Buenos Aires and Alto Perú – as well as by the emergence of local leaders who articulate the popular mobilizations in the revolutionary political proposals.

La historiografía argentina, al igual que la latinoamericana, ha enfatizado hasta hace pocos años – al abordar el proceso de ruptura del orden colonial – el rol predominante de las élites y grupos dirigentes urbanos en la construcción de los Estados nacionales que resultaron de la disgregación del Imperio español en América. De este modo, el accionar político de estas élites fue considerado el origen de las nuevas naciones emergentes del proceso revolucionario, y sus más activos representantes tanto políticos como militares se convirtieron en los padres de la patria, los héroes de bronce a los cuales las generaciones futuras deberían emular. En las dos últimas décadas nuevas perspectivas teóricas llevaron a la revisión del conflictivo período de la independencia iberoamericana considerando que la misma presentó una difícil encrucijada para quienes participaron en ella, y constituyó una experiencia político-social inédita, cuyos resultados eran difíciles de predecir. La construcción de los Estados nacionales pasa así a ser con-

siderada el resultado y no la condición primera que otorgaba sentido a las prolongadas luchas que tuvieron por escenario las colonias españolas en América.<sup>1</sup> El establecimiento de la junta de gobierno en Buenos Aires en mayo de 1810 dejó de ser considerado momento fundacional de la nación Argentina, a pesar de lo cual el análisis del proceso revolucionario, tan controvertido y complejo, carece aún – al menos en el caso de la historiografía argentina – de estudios suficientes de ese período que reviertan la perspectiva hegemónica de Buenos Aires.

En efecto, junto a la elaboración de una historia del pasado “nacional” llevada a cabo desde Buenos Aires, es preciso sumar las “historias parroquiales” que, al abordar la revolución y guerra de Independencia, centraron su atención en las ilustradas élites locales y en la vinculación ideológica y política que las ligaba con la élite dirigente de Buenos Aires. No es éste, por supuesto, el momento de presentar un balance historiográfico. Tan sólo consideramos oportuno remarcar que desde esta perspectiva, inaugurada en Argentina por Bartolomé Mitre a fines del siglo XIX, la historia nacional y la provincial enfatizaron la importancia de Salta y su jurisdicción en la guerra de Independencia (1810–1821) y la actuación de su gobernador, Martín Miguel de Güemes, por la defensa realizada en la “frontera” norte de la Argentina.<sup>2</sup> De este modo, la guerra de Independencia – que tenía como escenario territorios pertenecientes a la Intendencia de Salta del Tucumán – es analizada, incluso por uno de los historiadores argentinos más desta-

---

<sup>1</sup> Actualmente, los estudios sobre el concepto de nación y los procesos políticos emergentes de la ruptura colonial en la historiografía argentina han replanteado el análisis del período y superado el constructo identitario de “nación” inaugurado por Mitre. Cfr. José Carlos Chiaramonte, “Los fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 22 (Buenos Aires 2000), pp. 33–71, aquí: p. 33.

<sup>2</sup> En su reconstrucción histórica – de enorme influencia sobre el tema en la historiografía posterior – Bartolomé Mitre planteaba que en 1812, “las Provincias Unidas tenían metidas dentro de sus propias carnes dos cuñas de acero: Montevideo sobre la margen oriental del Río de la Plata, a un día de camino de Buenos Aires, y *Salta en su frontera del Norte*” (cursiva nuestra). Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, vol. 96 (Buenos Aires 1940), p. 178. Bernardo Frías, por su parte, sostiene que “Güemes es el Jefe de la defensa de Salta. el que liberta a la patria con el solo esfuerzo de los salteños”. Bernardo Frías, *Historia del General Martín Miguel de Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina*, tomo III (Buenos Aires 1972), p. 447.

cados, desde la perspectiva de la capital atlántica, como desarrollada “en el límite septentrional del país creado por la Revolución”.<sup>3</sup>

La historiografía boliviana, por su parte, ha centrado también su estudio en los límites políticos jurisdiccionales establecidos después de 1825.<sup>4</sup> Nuestra propuesta – al desechar la idea de “Estados nacionales” territorialmente definidos a partir de los primeros años de la revolución independentista – intenta analizar la guerra de Independencia que tenía lugar en las jurisdicciones de Salta y Jujuy considerando que, si bien la misma respondió a los intereses políticos militares de las denominadas “Provincias Unidas del Río de la Plata” cuyo poder se centralizaba en Buenos Aires, no significó la defensa de “frontera jurisdiccional ni territorial” alguna, sino que, por el contrario, la insurrección social que la animó y la sostuvo con éxito se inscribe con caracteres propios en el contexto de la guerra altoperuana cuyos escenarios fueron, durante más de una década, las jurisdicciones de Salta, Jujuy, Tarija, Tupiza, Oruro y Cochabamba.<sup>5</sup>

Trataremos de demostrar las particularidades de la guerra de Independencia en Salta que la distinguen y singularizan en el contexto de las llamadas Provincias Unidas del Río de la Plata (incluidos el Alto Perú y la Banda Oriental), prestando especial atención a la inserción económica y social de la región salto-jujeña en el espacio sur andino, y a las tensiones sociales que derivaron en insurgencia y movilización social. Nos interesa mostrar cómo, en el traumático período de las luchas por la independencia, el poder local se legitimó tanto por las alianzas políticas de la élite dirigente – que oscilaban entre Buenos Aires y el Alto Perú –, como por la emergencia de líderes locales que articularon la movilización popular en las propuestas políticas revolu-

---

<sup>3</sup> Tulio Halperín Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires 1972), p. 267.

<sup>4</sup> Es justo considerar que Mitre señaló la importancia del accionar de las guerrillas en territorio altoperuano y antes que él el historiador boliviano Manuel José Cortés en 1861 reparaba en las relaciones existentes entre las guerrillas alto peruanas y peruanas, y el ejército procedente de Buenos Aires, y en particular con la vanguardia comandada por Güemes. Manuel José Cortés, *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* (La Paz 1981), pp. 103–106.

<sup>5</sup> Aún cuando no desarrolló esta perspectiva, la historiografía local reconoció que el teatro de la guerra de Independencia abarcó desde el río Desaguadero, en el límite entre los virreinos del Perú y el Río de la Plata, y el Río Pasaje al sur de la provincia de Salta. Citado por Eulalia Figueroa Solá, “El ideal de Güemes”: *Boletín del Instituto Güemesiano de Salta* 6 (Salta 1982), p. 35.

cionarias, inscribiéndola en el contexto de la guerra de Independencia de América del Sur.

#### SALTA A FINES DE LA COLONIA

Las transformaciones impulsadas por España en sus territorios americanos han dado lugar a una nutrida y valiosa bibliografía y han generado múltiples interrogantes y respuestas acerca de su profundidad, eficacia y responsabilidad en la profundización de los conflictos sociales que sacudieron a las colonias en las últimas décadas del dominio español. A pesar de que algunas interpretaciones clásicas relativas a la trascendencia de estas reformas deben ser cuidadosamente revisadas a través de los estudios locales y regionales, debemos señalar que en el caso de la ciudad de Salta y su jurisdicción, la reorganización político-administrativa de los territorios sudamericanos no significó cambios importantes: la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776; la autorización otorgada a Buenos Aires para comerciar con España en 1778; y, finalmente, en 1784 el establecimiento de la Intendencia de Salta del Tucumán bajo cuya jurisdicción se incluían las ciudades de Tucumán, Jujuy, Santiago y Catamarca y se erigió a Salta como capital. Estos cambios introdujeron innovaciones que contribuyeron a afianzar las relaciones económicas, sociales y políticas de la élite salteña con el puerto de Buenos Aires a pesar de lo cual la jurisdicción reforzó aún más su secular inserción económica y social con el Perú y el Alto Perú, agudizando las contradicciones internas de la sociedad local en la primera década del siglo XIX.

El ingreso de mercancías europeas y esclavos y la remisión de plata hacia España y Europa por y desde Buenos Aires favorecieron la afluencia de comerciantes peninsulares en las provincias interiores del recién creado virreinato, incluidas las provincias del Alto Perú, poseedoras de un perfil socio-económico y demográfico sustancialmente diferente al de Buenos Aires y el litoral atlántico. La instalación en Salta de comerciantes peninsulares consignatarios de las grandes tiendas de Buenos Aires o que se surtían a crédito en ellas contribuyó a reforzar los lazos económicos con la capital del virreinato. El próspero negocio del comercio mular que beneficiaba a los comerciantes salteños, muchos de ellos propietarios de los campos donde las mulas engordaban antes de emprender el largo viaje a “las provincias de arri-

ba”, posibilitó un retorno en metálico que favoreció a los comerciantes peninsulares que en sus tiendas habilitaban a los peones y capataces. Progresivamente, estos comerciantes acumularon suficientes capitales propios que les permitieron adquirir directamente mercancías en Cádiz. Los principales deudores de este grupo mercantil eran, sin embargo, los comerciantes altoperuanos y peruanos cuyas tropas ellos habilitaban, y los vecinos de Cochabamba y Chichas (Alto Perú) que compraban en Salta efectos de Castilla para comercializar en sus vecindarios.<sup>6</sup>

El comercio con el Alto Perú se intensificó en los últimos años de la colonia al compás de una mayor demanda de mulas, ganado vacuno, sebo, jabón y efectos de Castilla remitidos por los comerciantes locales, quienes a su vez introducían en Salta volúmenes crecientes de productos altoperuanos y peruanos, especialmente hojas de coca, azúcar y tejidos cochabambinos. La integración mercantil más intensa de la jurisdicción de Salta con la región andina no fue acompañada de la misma manera por el resto de los territorios que componían la intendencia. En 1808 casi el 50% del valor de los efectos de la tierra que ingresaban y se comercializaban en Salta procedió del Alto Perú y el Perú, el 45% de la Intendencia de Córdoba del Tucumán (vinos y aguardientes) y tan sólo un 5% provino de la jurisdicción de la Intendencia de Salta del Tucumán, en particular de Catamarca (frutas secas).<sup>7</sup>

Junto con este proceso de intensificación mercantil y de integración en el espacio sur andino, se producían cambios sustanciales en la comercialización de uno de los rubros más importantes del comercio salteño: las mulas. Al iniciarse el siglo XIX la introducción de tropas de mulas al espacio andino fue monopolizada por la compañía comercial integrada por Domingo Olavegoya, José Rincón y Andrés del Castillo, comerciantes y mineros de Lima y Potosí, desplazando a los estancieros y hacendados de Salta.<sup>8</sup> Esta participación directa de los altoperuanos y peruanos en el comercio mular definió asimismo estra-

---

<sup>6</sup> Sara Mata de López, “Crédito mercantil. Salta a fines del siglo XVIII”: *Anuario de Estudios Americanos* LIII, 2 (Sevilla 1996), pp. 147–171.

<sup>7</sup> Guías del Libro de Alcabalas de Salta. Archivo y Biblioteca Históricas de Salta (en adelante ABHS), Fondo de Gobierno.

<sup>8</sup> Florencia Cornejo, “El litoral, Salta y el Perú unidos por una compañía de mulas (Olavegoya-Candiotti), 1798–1810”: *Boletín del Instituto San Felipe y Santiago* 31 (Salta 1979), pp. 101–113.

tegias familiares que tendieron a reforzar aún más los lazos de amistad, parentesco y paisanaje.

Así, en tanto Salta se integraba aún más en los Andes meridionales y se instalaban en ella vecinos de las ciudades altoperuanas, también recibió e incorporó como vecinos a comerciantes, burócratas y funcionarios peninsulares procedentes de Buenos Aires. En los últimos años la historiografía latinoamericana se ha interesado por valorar el alcance de las reformas borbónicas en los campos político y social y en qué medida limitaron o recortaron los poderes locales y por ende contribuyeron a consolidar una identidad “criolla” cuyos intereses aparecen como contrarios a los de la Corona. Los estudios realizados en diferentes regiones del Imperio español muestran, en general, la integración de los comerciantes y los burócratas peninsulares con los miembros de las élites locales. En algunas ciudades, como Buenos Aires, la inserción de los comerciantes y burócratas peninsulares fue escasamente conflictiva. En Salta, si bien lograron establecer firmes lazos familiares e ingresaron a la élite, no lograron menoscabar el poder de los grandes propietarios de tierras de los valles de Lerma y Calchaquí, cuyos intereses se encontraban estrechamente ligados al comercio mular con el Perú.<sup>9</sup>

Las antiguas rivalidades facciosas de la élite salteña mudaron en nuevas disputas por el poder local como consecuencia del enriquecimiento y el ascenso social de los comerciantes peninsulares que, ligados a través de alianzas matrimoniales con familias locales, aumentaron sus posibilidades de brindar una educación esmerada a sus hijos<sup>10</sup> y de participar en el cabildo, amenazando la tradicional hegemonía de los hacendados y estancieros de Salta. La presencia de burócratas, militares y funcionarios borbónicos, afanados por implementar mayo-

---

<sup>9</sup> Sara Mata de López, “La conformación de las élites a fines de la colonia: comerciantes y hacendados en la sociedad de Salta, Argentina”: *Colonial Latin American Historical Review* 9, 2 (Albuquerque 2000), pp. 165–208.

<sup>10</sup> Entre 1776 y 1809 un 15,5% de los estudiantes de la Academia Carolina de Charcas, creada en 1776 en La Plata, procedía de la Intendencia de Salta del Tucumán. Clément Thibaud, “La Academia Carolina de Charcas: una ‘escuela de dirigentes’ para la independencia”: Rossana Barragán (comp.), *El Siglo XIX: Bolivia y América Latina* (La Paz 1997), p. 44. Fue igualmente significativa la presencia de estudiantes salteños en la Universidad de Córdoba, y las bibliotecas particulares contaban con un buen número de libros. Atilio Cornejo, “Bibliotecas privadas de Salta en la época colonial”: *Boletín del Instituto San Felipe y Santiago de Estudios Históricos de Salta* IV, 16 (Salta 1945), pp. 67–109.

res controles sobre el poder local, contribuyó también a potenciar enfrentamientos.

Los conflictos intra-élite adquirieron así mayor virulencia, y las oposiciones entre aquellos comerciantes y propietarios de tierras que se aliaron con las nuevas autoridades borbónicas y los que no lo hicieron fueron cada vez más frecuentes, otorgando un sentido diferente a viejas rencillas y enemistades puestas de manifiesto en diferentes momentos del siglo XVIII. El cabildo, como no podía ser de otro modo, se convirtió en la caja de resonancia de todas estas tensiones y conflictos, y el gobernador intendente se involucró en reiteradas oportunidades, entre ellas cuando procedió a designar alcaldes de primer y segundo voto a quienes le eran más afectos o de mayor confianza, generalmente comerciantes peninsulares desconociendo las votaciones realizadas por los capitulares.<sup>11</sup>

La implementación del Reglamento de Milicias en 1805 generó conflictos en el ámbito rural por el alcance del fuero militar. Los hacendados y estancieros criollos accedieron a los cargos de coroneles y capitanes, y se enfrentaron con los funcionarios borbónicos al sustraer de la justicia ordinaria a peones, pequeños propietarios y arrenderos devenidos en milicianos.<sup>12</sup>

Mientras la conflictividad de los sectores más notorios de la sociedad salteña se evidencia en una abundante documentación, otras tensiones y disputas, que tenían como protagonistas a sectores menos destacados, resultaron silenciadas en una documentación que sólo permite descubrirlas luego de una lectura muy atenta. Descifrarlas y contextualizarlas significa incursionar en el estudio de las formas familiares campesinas, en la tenencia de la tierra, en la participación de pequeños y medianos productores en los circuitos de comercialización, en las redes clientelares, y en las pugnas por alcanzar un mejoramiento de la condición social por parte de una población de variadas condiciones étnica y social.

Para comprender mejor estos conflictos presentes a fines de la colonia en el ámbito rural, es preciso prestar atención a la actividad mer-

---

<sup>11</sup> Marcelo Marchionni, "Una élite consolidada. El cabildo de Salta en tiempos de cambios": Sara Mata de López (comp.), *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste Argentino, 1770-1840* (Rosario 1999), pp. 177-218.

<sup>12</sup> Sara Mata de López, "'Tierra en armas'. Salta en la Revolución": idem (comp.), *Persistencias y cambios* (nota 11), pp. 149-175, aquí: pp. 158-160.

cantil, especialmente la comercialización de ganado vacuno y mular en los mercados altoperuanos. La creciente demanda de ganado incentivó la apropiación de tierras en la frontera con el indio y la valorización de las pasturas en el valle de Lerma. Las actividades rurales, particularmente en un área de viejo asentamiento tal como es el valle de Lerma, atrajeron a población indígena altoperuana que, en forma mayoritaria, se asentó en calidad de agregados, arrenderos y peones en las propiedades rurales.<sup>13</sup>

Se producían así dos procesos claramente identificables: por un lado, la valorización de las propiedades rurales y por otro, la emergencia de un mercado de tierras, en tanto que el precio que se pagaba por las mismas guardaba relación con la calidad de sus pasturas. El afán de los estancieros por ampliar sus propiedades se manifestó a través de la adquisición de tierras a la vez que todo un segmento social, constituido por arrieros y capataces, logró – más allá de su “calidad” social – acceder a parcelas de tierras con las cuales, además de alcanzar su subsistencia, consiguió participar en los circuitos de comercialización a través de la producción de unas pocas mulas o cabezas de ganado vacuno.

En este proceso habrán de observarse mejor las diferencias sustanciales entre el valle Calchaquí, recostado sobre los Andes, dónde se imponía la gran propiedad y la población era mayoritariamente indígena, y el valle de Lerma – más fértil y próximo a la ciudad – en el cual, junto a estancias de menor extensión que las dilatadas haciendas calchaquíes, coexistían pequeñas y medianas propiedades. La población rural también era más heterogénea, tanto por su procedencia como por su adscripción étnica. Si bien las corrientes migratorias indígenas procedentes del Alto Perú en la segunda mitad del siglo XVIII se asentaron mayoritariamente en el valle de Lerma, fue allí dominante la población mestiza y afro-mestiza. Los esclavos, sin ser relevantes, fueron más significativos que en el valle Calchaquí. Finalmente, la frontera con los pueblos indios del Chaco se caracterizó en las tres últimas décadas del siglo XVIII por un intenso proceso de apropiación de tierras. El acceso a la tierra para una población de

---

<sup>13</sup> Sara Mata de López, “Mano de obra rural en la jurisdicción de Salta a fines del siglo XVIII”: Ana A. Teruel (comp.), *Población y Trabajo en el Noroeste Argentino. Siglos XVIII y XIX* (Jujuy 1995), pp. 11–24.



heterogénea condición social fue allí más sencillo. Junto a estancias ganaderas de variada complejidad y valor, ubicadas en la ruta mercantil que unía Tucumán con Jujuy, alejadas ya a fines del siglo XVIII del peligro indígena, se emplazaron más al este otras estancias y suertes de tierras próximas a los fuertes y reducciones de indios, cuyos propietarios eran comerciantes y soldados partidarios que intentaban, a través de la adquisición de tierras y la cría de ganado vacuno, mejorar sus perspectivas sociales. Instalados en estas estancias o en tierras realengas, pequeños productores y arrenderos procedentes de Tarija y otras jurisdicciones vecinas y de la de Salta combinaban las tareas estacionales de las estancias con una agricultura de subsistencia y la cría de ganado ovino y bovino, que les permitía participar en pequeña escala en los procesos de comercialización de vacunos con destino a Tarija y a Chichas.<sup>14</sup>

La complejidad de este mundo rural mostró mayor conflictividad social en el valle de Lerma. Allí, la competencia por la tierra y el ganado se evidenció pocos años antes del estallido revolucionario. Las denuncias por introducción de ganado en tierras vecinas, así como de robo de ganado y la presencia de los denominados “vagos” instalados en las propiedades más valiosas, próximas a la ciudad, configuraron un clima de inestabilidad y tensión social que se potenciaba por la aplicación del reglamento de milicias. El mayor número de arrenderos y la presencia de indios y mulatos que “vivían” en las tierras sin autorización de sus dueños era, de acuerdo con las autoridades coloniales, la causa de los numerosos robos de ganado que sufrían los estancieros del valle.<sup>15</sup>

#### LA REVOLUCIÓN Y LA GUERRA DE INDEPENDENCIA EN SALTA

Salta y su jurisdicción presentaban, al estallar la revolución, una gran complejidad social, y tanto su élite como el conjunto de la sociedad se encontraban cruzadas por conflictos de naturaleza diversa, agravados por los evidentes síntomas de crisis económica que presentaba la

---

<sup>14</sup> Sara Mata de López, *Tierra y poder en Salta. El Noroeste argentino en vísperas de la independencia* (Sevilla 2000), pp. 250–260.

<sup>15</sup> Mata de López, “Tierra en armas” (nota 12), p. 156.

región. Las sequías en el Alto Perú y la consecuente dificultad de la producción minera potosina, unidas a los inconvenientes que las guerras napoleónicas creaban al comercio atlántico, colocaron a Salta en una encrucijada, en tanto su economía dependía de ambos. La revolución agudizó esta crisis económica y la guerra puso en evidencia las profundas relaciones que Salta mantenía con el área andina, profundizando otros conflictos que favorecieron el estallido de la insurgencia, rural primero y luego urbana, cuyos protagonistas procedentes de diversos sectores sociales entrevistieron en la crisis revolucionaria posibilidades de reivindicación social. A la movilización popular se sumaron las disputas de los grupos dirigentes que ya no sólo adherían a intereses económicos, o a lealtades sociales, familiares y de poder previas, sino a una solidaridad política que no respondía necesariamente a las antiguas alianzas coloniales.

En mayo de 1810, al pronunciarse el Cabildo de Buenos Aires destituyendo al virrey Cisneros, desempeñaba el cargo de gobernador intendente Nicolás Severo de Isasmendi, propietario de la hacienda de Molinos y encomendero del valle Calchaquí. Su designación en tan alto cargo expresa las estrechas vinculaciones que mantenían algunos de los más ricos y prestigiosos hacendados criollos locales con los funcionarios borbónicos. Este lugar de privilegio y poder alcanzado por un “español americano” es un claro indicador de la inserción de un sector representativo de la élite salteña en la administración colonial y de la fuerza que posteriormente tendrían los “realistas” en la sociedad local. Otros sectores de la élite propietaria de tierras, del valle de Lerma y de la frontera con el Chaco, se pronunciarían, en cambio, a favor de la Revolución, adhiriendo a la junta de Buenos Aires y sofocando los intentos de resistencia liderados por Isasmendi y sus aliados. La presencia en la sociedad local de sectores decididamente realistas y reacios a aceptar nuevas autoridades fue tolerada por las relaciones sociales y el poder económico con que contaban. Muchos de ellos buscaron refugio en los reductos realistas altoperuanos y peruanos en tanto otros se alistaron decididamente en los ejércitos del rey. Sostiene, y con razón, Halperín Donghi que

“[...] la perspectiva de un rápido retorno de la ciudad al territorio realista dio a los adictos al viejo orden una tenacidad que les faltó generalmente donde no veían otro futuro que el de ser perseguidos a manos de sus íntimos enemigos”.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> Halperín Donghi, *Revolución y guerra* (nota 3), p. 287.

La inserción de Salta y Jujuy en el espacio andino ofrece la posibilidad de comprender la reiterada presencia realista y la encarnizada guerra que se desarrolló en su territorio a favor de la independencia, considerada, por sus contemporáneos y por los historiadores después, insurrección y guerra civil por la participación decisiva que tuvo en la misma la plebe urbana y rural, y por el enfrentamiento entre miembros de la misma sociedad e incluso de la misma familia.

El reconocimiento de la junta de gobierno instalada en Buenos Aires por parte de Salta fue simultáneo al otorgado por otras ciudades del Alto Perú. La organización de milicias en 1810 no difirió sustancialmente a las realizadas en el resto de las jurisdicciones pertenecientes al Virreinato del Río de la Plata.<sup>17</sup> El reclutamiento de soldados voluntarios (o no tanto) y los preparativos bélicos se basaron en las estructuras militares previas. No resultó sencillo contar con hombres suficientes para incorporar al Ejército del Norte enviado para enfrentar a las tropas realistas que intentaron recuperar aquellas ciudades y jurisdicciones cuyos cabildos, apoyados por sectores de la élite y de la Iglesia, habían reconocido a la junta de gobierno instalada en Buenos Aires. Esta adhesión a la “justísima causa” de los porteños no fue, por supuesto, unánime y las tropas del rey contaron con el apoyo de amplios sectores, tanto entre los vecinos más notables como incluso entre los indios y sectores medios. En Salta, la fidelidad a la causa de España manifestada por miembros de la élite, y probablemente también de otros sectores sociales, fue alentada por los éxitos del ejército del rey y por las intensas relaciones familiares y comerciales que los vinculaban con los realistas del Alto Perú.

En febrero de 1813, luego que Manuel Belgrano, al frente del Ejército Auxiliar del Perú, derrotase en el campo de Castañares, al norte de la ciudad de Salta, al ejército realista de Pío Tristán, varios salteños y jujeños emigraron, temerosos de las represalias, siguiendo a los derrotados hacia las “provincias amigas” altoperuanas, mientras otros permanecieron en Salta trabajando a favor del rey, a veces en forma encubierta y otras de manera evidente, a medida que se radicalizaba el

---

<sup>17</sup> En el caso de Salta, eran jefes de las milicias rurales en 1810, hacendados y estancieros importantes y miembros de la élite que habían previamente protagonizado áspeos enfrentamientos con las autoridades borbónicas por el goce del fuero militar del cual disfrutaban los milicianos. Mata de López, “Tierra en armas” (nota 12), pp. 158–159.

conflicto.<sup>18</sup> También los altoperuanos encontraron refugio en Salta cuando el ejército patriota resultó vencido. Así en 1816, al elegirse diputados al Congreso a reunirse en Tucumán, la elección de los representantes altoperuanos tuvo lugar en la ciudad de Salta entre los exiliados allí presentes.

La presencia realista en Salta adquiriría, sin embargo, ribetes diferentes luego de 1812. En esa oportunidad, las derrotas infligidas al ejército de Buenos Aires en Huaqui alentaron en las huestes realistas la esperanza de destruir y vencer totalmente a los insurrectos porteños, recuperando de este modo el control sobre la díscola capital del Virreinato del Río de la Plata. Estas expectativas aumentaron por la escasa o nula resistencia local y por las alentadoras noticias recibidas desde Montevideo, bastión realista en el Río de la Plata.<sup>19</sup> Las sucesivas derrotas en Tucumán primero y luego en Salta habrían de convencer a los realistas que no resultaría sencillo restablecer el dominio colonial. Sería, sin embargo, ésta la primera y única batalla que el Ejército Auxiliar del Perú libraría en territorio salteño.

Las derrotas sufridas por Manuel Belgrano en el Alto Perú obligaron al ejército patriota a replegarse nuevamente en Tucumán posibilitando en enero de 1814 al general realista Joaquín de la Pezuela ocupar Salta y Jujuy. Entre sus jefes militares se encontraban Saturnino Castro y Pedro Antonio Olañeta, vecinos de estos parajes, conocedores del terreno y miembros de familias locales que les proporcionaron apoyo.<sup>20</sup> La situación fue ciertamente difícil, en especial por el ensañamiento de Pezuela con aquellos vecinos que habían adherido a la

---

<sup>18</sup> Entre quienes emigraron se encontraba Pedro Antonio Olañeta, vecino de Jujuy y comerciante de origen peninsular, cuyo hermano Miguel era vecino de la ciudad de Chuquisaca. Su esposa permaneció en Jujuy pero su cuñado Guillermo Marquiegui marchó junto con él. También Saturnino Castro, vecino de la ciudad de Salta, emigró junto con el ejército de Pío Tristán. Los tres prestaron servicios militares en el ejército realista y participaron en las invasiones realistas a la jurisdicción de Salta. Pedro Antonio Olañeta se desempeñó desde 1814 como jefe de la vanguardia instalada en Tupiza.

<sup>19</sup> Francisco Javier de Mendizábal, *Guerra de la América del Sur 1809–1824* (Buenos Aires 1997), pp. 45–50.

<sup>20</sup> El apoyo brindado a Pezuela por vecinos de Salta que adherían a la causa del rey fue mayor a la generalmente atribuida por la historiografía local. En el valle Calchaquí Fernando Aramburu, propietario de la hacienda de San Carlos, organizó en 1814 dos escuadrones de gauchos a favor del rey. Frías, *Historia del General Martín Miguel de Güemes* (nota 2), tomo IV, p. 99.

revolución. En el tiempo transcurrido entre 1812 y esta nueva ocupación es posible observar que el apoyo local a la causa del rey se ha debilitado, lo cual obligó a Pezuela a recurrir al saqueo y la contribución obligada de ganados, particularmente caballos y mulas, de suma importancia para la movilidad del ejército. Las incursiones realistas en la campaña para extraer ganado y caballadas en el valle de Lerma fueron resistidas por cuerpos de milicias rurales a los cuales se sumaron paisanos voluntarios. El retiro unos meses más tarde de las tropas realistas se produjo, no obstante, por los éxitos que obtenían en el Alto Perú José Álvarez de Arenales, Ignacio Warnes, Manuel Asencio Padilla, Idelfonso de las Muñecas, Vicente Camargo y Eusebio Lira, quienes movilizaban gran número de indios y mestizos, especialmente en el ámbito rural y por la decepción sufrida al capitular Montevideo.<sup>21</sup> En Salta, como consecuencia de la ocupación y resistencia ofrecida a las fuerzas realistas acantonadas en la ciudad, creció el poder de los jefes de milicias y se generalizó la insurrección y la movilización de la población rural, fortaleciéndose el poder de Martín Miguel de Güemes, uno de los jefes locales que hostigó al ejército realista canalizando la resistencia de campesinos y propietarios rurales del valle de Lerma. Martín Güemes y José Apolinario Saravia habían sido designados por José de San Martín a principios de 1814, en su breve paso como general del Ejército Auxiliar del Perú, como jefes de vanguardia del Ejército Auxiliar del Norte.<sup>22</sup>

En Salta, como en el resto del espacio surandino, el triunfo de las armas del rey, apoyado por parte de los grupos dirigentes locales, fue restando legitimidad y poder al ejército de Buenos Aires y en contraposición se fueron definiendo caudillos locales que dirigieron la lucha con un importante apoyo de fuerzas irregulares compuestas por campesinos e indígenas, e intermediadas por sectores medios rurales y urbanos. Ingresaron a la contienda por fuera de la organización de milicias locales incorporadas al ejército regular, que respondía a las

---

<sup>21</sup> Mendizábal, *Guerra de la América del Sur* (nota 19), p. 71.

<sup>22</sup> José Apolinario Saravia pertenecía a una familia encumbrada de la élite y propietaria de valiosas estancias en el valle de Lerma. Participaban activamente en el comercio mular y en la introducción de tejidos y coca alto peruanas. La condición social de Güemes era diferente. Su padre había sido un funcionario borbónico y su madre pertenecía a la élite de Jujuy, por lo cual formaba parte de los sectores próximos a la élite salteña pero no se destacaba dentro de ella.

directivas del gobierno central de Buenos Aires, aún cuando sus jefes fueron reconocidos como oficiales del Ejército Auxiliar del Perú.

De este modo, a partir de 1814 el movimiento revolucionario en Salta adquirió mayor independencia con respecto a Buenos Aires. En Salta y Jujuy, al igual que en el Alto Perú, el Ejército Auxiliar del Norte, que respondía a la autoridad de Buenos Aires, no podía garantizar el éxito de la revolución, que quedó librada a las capacidades y el accionar de la población y dirigencia local, y la jurisdicción pasó a ser, junto a Charcas y los valles orientales, escenario de una cruenta guerra civil y de una insurrección popular. Es cierto que las motivaciones y formas de la participación popular en Salta y Jujuy no pueden ser homologadas con la altoperuana sin caer en una torpe simplificación, pero también está claro que la revolución y guerra de Independencia presentaba en estos territorios una diferenciación muy clara y marcada con el resto de las provincias ubicadas al sur.

Una distinción fundamental fue dada por el hecho de ser el territorio salto-jujeño el espacio disputado por las vanguardias de ambos ejércitos. Desde el cuartel instalado en Tupiza los realistas incursionaron sobre Salta en reiteradas oportunidades, en tanto que el Ejército Auxiliar del Perú sólo avanzaría nuevamente sobre el Alto Perú en 1816. A su regreso, derrotado por tercera vez, se establecería definitivamente en Tucumán, dejando librada la lucha contra los realistas a las fuerzas locales, tanto en Salta como en el Alto Perú y los valles orientales. A la mayor independencia para disponer acciones militares y organizar las milicias adquiridas por Martín M. Güemes, ascendido a comandante general de vanguardia, es preciso agregar la determinación política del cabildo de Salta de nombrarlo gobernador intendente, desconociendo a Hilarión de la Quintana, designado por el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata para desempeñar ese cargo. De este modo, sin demasiadas explicaciones, el cabildo de Salta contraría las disposiciones del Estatuto de 1815, por el cual el gobierno central de Buenos Aires se reservaba el derecho a designar los gobernadores de las provincias de la Unión, tal como hasta ese momento había efectivamente sucedido en Salta.

Sin embargo, fue la reacción en 1814 de los pobladores de los parajes rurales próximos a la ciudad de Salta – en el valle de Lerma –, la manifestación política y militar, que signaría el rumbo de la revolución y la guerra de Independencia en Salta. Liderados por medianos propietarios rurales devenidos en jefes de milicianos, la insurrección de la

población rural constituyó el punto inicial de un movimiento social que despertaría resquemores e iría creciendo y consolidándose como factor de poder bajo la conducción de Martín Miguel de Güemes.

Un elemento fundamental en el análisis de este período es la movilización o insurrección social, tema poco estudiado a pesar de constituir una pieza fundamental de la revolución en Salta. En la movilización del campesinado y la plebe urbana y rural jugaron un papel importante las relaciones clientelares, la coacción y la posibilidad de la paga de un salario – o, en su defecto, de saqueo –, pero de no haber mediado motivaciones sociales y políticas que llevaron a los “gauchos” y “paisanos” de la campaña a luchar contra el ejército español, no hubiera existido posibilidad de sostener la guerra durante siete largos años, entre 1814 y 1821. Sin duda, la revolución desató la insurrección que se hizo evidente en 1814, y ésta se articuló en los discursos y objetivos políticos de la independencia gracias al accionar de Martín Miguel de Güemes, quien construyó su poder político y militar en esta insurrección popular. Las razones de la insurgencia son difíciles de estudiar y, seguramente, diferentes en el valle de Lerma que en la frontera con el Chaco y Jujuy, pero entre ellas han de estar presentes las tensiones previas en una sociedad rural que competía por tierras y ganados, en particular en el valle de Lerma. Esta movilización de la plebe de Salta y Jujuy, probablemente, también difería de la alto-peruana en sus motivaciones, al igual que en la composición étnica y social de los hombres movilizados.<sup>23</sup> A pesar de estas diferencias es posible encontrar un denominador común: actuaban por fuera del ejército regular y sus principales armas consistían en el conocimiento del terreno, la sorpresa y la determinación con que atacaban. No incluían exclusivamente a indígenas y superaban en sus planteamientos el tradicional resentimiento de los “hombres de color” hacia los blancos, sin

---

<sup>23</sup> La insurrección de masas había tenido en los Andes un fuerte componente mesiánico, de restauración incásica, e incluso de guerra santa. Una fuerte diferencia se observa entre las insurrecciones andinas previas a 1809 y las posteriores en cuanto a sus legitimaciones y objetivos. Sobre el tema existe una abundante bibliografía. La participación popular ha sido objeto, asimismo, de diferentes consideraciones por parte de los historiadores. Para algunos, la plebe y los campesinos se movilizaban sin conciencia cierta y sin objetivo político ninguno, en tanto los estudios más recientes se niegan a otorgarles un papel pasivo. El caso de la insurrección salteña ha sido poco estudiado, y se ha considerado que los “gauchos” luchaban conscientemente por una libertad y una nación definida según los intereses de las “élites criollas”.

que por supuesto este resentimiento no haya constituido un condimento más en los elementos constituyentes de una identidad propia: la de quienes defendían a la patria<sup>24</sup> y deseaban terminar con los abusos de un mal gobierno: el de los “godos” o españoles.

#### GUERRA Y RELACIONES DE PODER SALTA ENTRE BUENOS AIRES Y EL ALTO PERÚ

Los motivos por los cuales los grupos dirigentes en Salta, expresados a través de su cabildo, encumbraron a Martín Miguel de Güemes al poder son, en sí mismos, poco claros. Probablemente, vieron en este jefe militar y comandante de la vanguardia del Ejército Auxiliar del Norte que había hostigado con unos “gauchos” desarmados al ejército de Pezuela a la persona suficientemente aceptable, por su inserción en la élite, que podría controlar a una campaña cada vez más soliviantada y protegerlos del ejército realista, que había demostrado escasas consideraciones con los adictos a la revolución. También es posible que la autoridad alcanzada por Güemes sobre los caudillos que controlaban las milicias regulares y voluntarias de Salta, Jujuy y Tarija influyera en la decisión.

El poder de Güemes se basaba en la plebe rural o “gauchos”, es decir, los pequeños productores, arrenderos, agregados y peones de variada fortuna y condición social. Con desconfianza, el cabildo trataba de poner límites a las atribuciones de estos improvisados soldados. En 1815 trató sin éxito de abolir el fuero militar al que aspiraban de manera permanente y que los sometía, en caso de delitos, a la jurisdicción de sus superiores militares.

La determinación de Güemes de crear una División Infernal de Gauchos de Línea, a fin de emplear de manera permanente a “aquellos héroes que bajo la denominación de gauchos han contraído tan reco-

---

<sup>24</sup> Si bien contamos con varias interpretaciones acerca del sentido de “Patria”, es interesante la definición que de la misma expresa uno de los protagonistas de la insurrección en el Alto Perú, el tambor José Santos Vargas quien luchó en la guerrilla de Ayopaya entre 1814 y 1824. Dice él en su diario: “La Patria es el lugar donde existimos, la patria es la verdadera causa que debemos defender a toda costa, por la patria debemos sacrificar nuestros intereses y aún la vida”. José Santos Vargas, *Diario de un Comandante de la Independencia Americana, 1814–1825* (México 1982), p. 88.



mendables, voluntarios y desinteresados servicios”, no fue apoyada por el gobierno de Buenos Aires.<sup>25</sup> La negativa del director supremo, quien consideró que no existían motivos que justificaran la creación de un cuerpo de línea cuyo sostenimiento arruinaría los escasos fondos del erario público, no habría de impedir su organización y con ella la consolidación de su poder militar.

Mayor desconfianza generó en el gobierno de las Provincias Unidas la decisión de no entregar fusiles al Ejército del Norte en septiembre de 1815, cuando desde Tucumán, y a las órdenes de Domingo French, se aprestaba a retornar al Alto Perú. Mientras que el director supremo y los oficiales del Ejército del Norte sostenían que los fusiles pertenecían al ejército, y por ende a todas las provincias y no sólo a Salta, Güemes argumentaba que habían sido tomados al enemigo por los gauchos y que “no era justo, ni necesario ni conveniente despojar a estas provincias de sus armas” y se preguntaba “¿qué sucedería si quisiesen obligar a estos provincianos a que esperen y confíen más en los brazos ajenos del Ejército del Perú que en sus fuerzas propias para salvarse y redimirse de las crueldades de los tiranos?”, para rematar su oposición afirmando que actuaba con la “notoriedad de haber levantado toda la campaña, arrojado a los enemigos y restituido a las familias emigradas a sus hogares y abierto el Perú”.<sup>26</sup> Güemes en Salta, al igual que los caudillos altoperaneros que hostigaban al ejército realista, colocaba el éxito de la revolución en la propia insurgencia popular y no en el ejército organizado y sostenido por las Provincias Unidas, a pesar de lo cual se consideraban todos ellos oficiales de ese ejército.

La desconfianza del gobierno de Buenos Aires y del general del ejército, José Rondeau, concluyó con la invasión a principios de 1816 de la provincia de Salta con la finalidad de destituir a Güemes. Los “gauchos” emplearon las mismas tácticas utilizadas contra los realistas, y los hombres de Rondeau fueron derrotados obligándole a éste a concertar con Güemes y retirarse de Salta. El saldo de estas acciones fue, sin dudas, una cuota mayor de poder para Güemes y la toma de

---

<sup>25</sup> Creación de la División Infernal de Gauchos de Línea, Salta, septiembre de 1815: Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Ejército Auxiliar del Perú, 1815, Sala X, 4.1.2; publicado por Luis Güemes, *Güemes Documentado*, tomo III (Buenos Aires 1972), pp. 210–214.

<sup>26</sup> Oficio de Güemes al Director Supremo, Salta, octubre de 1815 1972: AGN. Gobierno 1814–1818, Sala X. 5.7.4; publicado por Güemes (nota 25), pp. 44–48.

fusiles y pertrechos por parte de los insurgentes.<sup>27</sup> Simultáneamente al proceso de concentración de poder que desplegó en Salta a la actitud de rebeldía y consecuente independencia que manifestó en relación con Buenos Aires, es posible observar su preocupación por el movimiento insurgente altoperuano.

En el Alto Perú, el fracaso de Rondeau y los saqueos cometidos por el ejército porteño recibieron airadas críticas de los cabecillas altoperuanos y generaron resentimientos hacia el mismo, favoreciendo la adhesión hacia los realistas entre las élites urbanas (pero no sólo en ellas), ocasionando graves contrastes a las guerrillas altoperuanas. Replegado definitivamente el ejército auxiliar en Tucumán en 1816, y reemplazado José Rondeau por Manuel Belgrano como jefe del mismo, Güemes, en su calidad de comandante general de vanguardia, exhibía una relación intensa y estrecha con los caudillos altoperuanos, quienes, si bien actuarían de manera independiente, se consideraban oficiales del ejército de Buenos Aires y, por lo tanto, reconocían su autoridad. Algunos, como el general José Álvarez de Arenales, vecino de Salta, quien lideró hasta 1816 en Vallegrande (al este de Cochabamba) la guerra de Independencia, mantuvieron distancia con Güemes. Diferentes fueron, sin embargo, las vinculaciones que Güemes estableció con otros cabecillas locales que luchaban contra la ocupación realista. Precisamente en 1815, cuando Güemes adquirió poder en Salta, el movimiento insurgente en el Alto Perú comenzó a sufrir continuas y contundentes derrotas.<sup>28</sup> La presencia en las filas de Güemes de cabecillas y soldados altoperuanos se haría frecuente.

Es conocida su relación con Manuel Asencio Padilla, caudillo de Tomina, con quien compartía su aversión hacia Rondeau.<sup>29</sup> Informado

---

<sup>27</sup> Oficio de Hortiguera a Rondeau, Jujuy, marzo 23 de 1816: AGN. Ejército Auxiliar del Perú, 1816, Sala X, 4.1.3; publicado por Güemes (nota 25), pp. 335–336.

<sup>28</sup> En 1816 los realistas derrotaron y dieron muerte a los caudillos Idelfonso Muñecas (Ayata), Vicente Camargo (Cinti), Manuel Asencio Padilla (La Laguna) e Ignacio Warnes (Santa Cruz de la Sierra).

<sup>29</sup> Manuel Asencio Padilla, al igual que Güemes, dejó bien en claro que ellos luchaban por la libertad americana independientemente de la acción del ejército porteño. Oficio del Coronel Padilla al General Rondeau, La Laguna, 21 de diciembre de 1815; publicado por Miguel Ramallo, *Guerrilleros de la Independencia* (La Paz 1919), pp. 145–151. Fue también el caudillo de Cochabamba quien más duramente cuestionó las conductas de los oficiales del Ejército Auxiliar. Por su parte, Güemes, frente a las acusaciones de saqueos, ordenó revisar las pertenencias de los oficiales cuando llegaron a Salta con rumbo hacia Tucumán y Buenos Aires, y formalizó acusaciones muy serias a varios de ellos.

por fray José Indalecio de Salazar de la muerte de Manuel Asencio Padilla acaecida en el combate del Villar en septiembre de 1816, Martín Miguel de Güemes, aconsejado por el fraile sobre la necesidad de reemplazar a Padilla rápidamente para evitar el caos y dispersión entre las filas de Padilla,<sup>30</sup> propuso a José Antonio Asebey, quien servía de mayor en el segundo batallón del regimiento de Infernales, y esta designación contó con la aprobación de Manuel Belgrano, jefe del Ejército Auxiliar acantonado en Tucumán.<sup>31</sup> Esta designación no parece haber resultado operativa por cuanto el foco insurreccional de Tomina prácticamente desapareció luego de la muerte de Padilla, pero es indicativa del interés y la vinculación de Güemes como comandante de vanguardia del Ejército Auxiliar, y representante por lo mismo de la autoridad de Buenos Aires.

En efecto, el hostigamiento y la guerra contra los realistas hubo de concentrarse luego de 1816 en la guerrilla de Ayopaya, comandada por Eusebio Lira hasta 1817 y luego por dos jefes: Santiago Fajardo, criollo elegido por la oficialidad; y José Manuel Chinchilla, indio elegido por los jefes de los pueblos de indios.<sup>32</sup>

Es precisamente con los jefes de Ayopaya con quienes Güemes mantuvo una importante y poco estudiada vinculación. En su calidad de jefe de la vanguardia envió órdenes e instrucciones<sup>33</sup> e hizo que de él dependiera la designación o confirmación de los nombramientos de jefes y oficiales de Ayopaya. En su diario, el comandante José Santos Vargas reunió información sobre los jefes de Ayopaya, señalando textualmente que

“[...] todos los que siguen son de la época del señor comandante general don Eusebio Lira, nombrado por él y confirmados por el señor General don Martín Güemes de quien llegaban los despachos en forma”.

De igual modo, mientras fue comandante Chinchilla

---

<sup>30</sup> Carta de fray José Indalecio de Salazar a don Martín Güemes, Pomabamba, septiembre 29 de 1816: *ibidem*, pp. 262–263.

<sup>31</sup> Combates de la Laguna y del Villar, 13 y 14 de septiembre de 1816. Oficio de Belgrano al Exmo. Supremo Director del Estado, Tucumán, noviembre 18 de 1816: *ibidem*, pp. 260–261.

<sup>32</sup> Vargas, *Diario de un Comandante* (nota 24), pp. 205–206.

<sup>33</sup> En el año 1816 Eusebio Lira recibía correspondencia con instrucciones de Güemes desde Salta. Esta comunicación continuó con Juan Manuel Chinchilla. *Ibidem*, pp. 112 y 252.

“[...] subcesor [sic] de don Eusebio Lira, aumentó los que siguen a continuación nombrados por él y aprobados por el Señor General en jefe don Martín Güemes de quien llegaba los despachos en forma”.<sup>34</sup>

Muchos de ellos habían emigrado a Salta siguiendo al Ejército Auxiliar. Eusebio Lira, incorporado en 1811 al ejército de Buenos Aires, combatió a las órdenes de Castelli y Pueyrredón, y llegó con el derrotado ejército patriota a Tucumán en 1812. Participó como cabo segundo en las batallas de Tucumán y Salta y regresó con el ejército de Manuel Belgrano al Alto Perú en 1813.<sup>35</sup> José Miguel Lanza emigró en 1812 a Salta, regresando como comandante al Alto Perú en 1815 con el Ejército Auxiliar del Norte,<sup>36</sup> para retornar nuevamente después de la derrota de Rondeau. Al parecer permaneció en Salta hasta febrero de 1821, cuando fue designado por Güemes como coronel para hacerse cargo del mando del ejército en Ayopaya y relevar al jefe indio Chinchilla. Acompañaron a Lanza a su regreso de Salta otros cuatro oficiales:

“don Pedro Arias, natural y vecino del mismo Salta, don Marcos Montenegro vecino y natural de la ciudad de la Paz, don Manuel Paredes natural del pueblo de Punata y don Pedro Graneros natural del pueblo de Inquisivi en aquellos valles, todos mandados por el Señor General Güemes [...]”

Los jefes de la resistencia en Ayopaya aceptaron y reconocieron a Lanza como jefe aunque cuestionaron algunas decisiones, entre ellas la de fusilar a Chinchilla. Lanza justificó la muerte de este jefe argumentando que cumplía órdenes de los “superiores Jefes para fusilarlo por los malos informes que le habían dirigido a Salta”.<sup>37</sup> El relato de estos sucesos, realizado por un testigo de los hechos, atribuye a las intrigas de algunos oficiales haber predispuesto a Güemes en contra de Chinchilla; pero sería interesante analizar estas medidas – si efectivamente fueron tomadas por Güemes – en la necesidad de disciplinar a milicias dirigidas por un comandante de origen indio y con gran ascendiente sobre ellos, que superando el accionar militar podría estar adquiriendo una proyección política que comprometería intereses sociales y políticos contrapuestos a los de la élite criolla revolucionaria.

<sup>34</sup> Cf. *ibidem*, pp. 404 y 413.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 39.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 62–63.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 296–298.

ria, en la cual se encontraban Lanza y Güemes.<sup>38</sup> Abona esta hipótesis el hecho de que José Miguel Lanza y sus oficiales manifestaban una profunda desconfianza hacia la indiada; recelo y animadversión que compartían con Güemes, quien en reiteradas oportunidades se había pronunciado con extrema dureza hacia los indios.<sup>39</sup> Entre las primeras medidas implementadas por Lanza en 1821, destacan las tendientes a disciplinar y organizar a la tropa, incluidas las milicias indígenas, y a dotarlas de una conducta militar proclive a evitar la ejecución de los prisioneros de guerra o el saqueo.<sup>40</sup> La muerte de Güemes en junio de 1821 abrió un prolongado paréntesis en la relación de Salta, y por ende del Ejército Auxiliar del Norte, con las guerrillas altoperuanas. En 1823 José Miguel Lanza se incorporó al ejército que desde Lima intentó terminar con las tropas realistas y recibió de Pedro Riva Agüero los despachos de general de brigada.

Resulta de gran interés profundizar acerca de estas relaciones militares y políticas que subordinaron a partir de 1816 – sin quitar de todas maneras autonomía – a algunos caudillos altoperuanos y especialmente a los de Ayopaya a la autoridad de Martín Miguel de Güemes, comandante de la vanguardia del Ejército del Norte y gobernador de la provincia de Salta, hasta 1821, año en que murió a manos de los realistas con la anuencia de la élite local que se denominó a sí misma “La patria nueva” y que retomó así el control político, firmando un armisticio con el jefe de la vanguardia realista, Pedro Antonio de Olañeta, por el cual éste último se comprometió a no invadir en el futuro las jurisdicciones de Salta y Jujuy.

---

<sup>38</sup> Tal como plantea Alberto Flores Galindo al referirse a la insurrección revolucionaria en Perú, “estos ejércitos tenían una estructura peculiar: al lado del soldado aparece la tropa irregular. Se trata de incorporar a la población a favor de uno u otro contendor. [...] Pero no se busca una participación masiva e incontrolable [...] la fórmula ideal resulta organizar bajo el mando militar patriota grupos armados vinculados con las autoridades locales”, y se desconfía profundamente de las montoneras indígenas. Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca. Identidad y utopía* (Lima 1988), p. 204.

<sup>39</sup> La correspondencia que Güemes mantuvo con el marqués de Tojo en 1815 es elocuente en tal sentido. ABHS, Fondo documental Güemes.

<sup>40</sup> Cf. Vargas, *Diario de un Comandante* (nota 24), pp. 209–230.

## EPÍLOGO

En este período complejo resulta difícil espacializar el proceso revolucionario prescindiendo de la presunción de un país o de una nación que la revolución construyó y cuya territorialidad aparece definida desde el primer momento. Sin embargo, creemos importante reflexionar acerca de las características que presentaba en Salta la guerra de Independencia, sostenida en estos turbulentos años por la insurgencia social, que estalló en 1814, luego de la invasión de Pezuela, y que comenzó a ser difícil de controlar y manejar por parte de las élites. Esta circunstancia otorgó a Martín Miguel de Güemes – jefe de la vanguardia del derrotado Ejército del Perú, vecino de Salta y con trayectoria militar – la posibilidad de encauzar la movilización popular en el contexto de la guerra de Independencia, construyendo un liderazgo militar que le permitió aunar detrás de sí a múltiples cabecillas locales que, tanto en las jurisdicciones de Salta, Jujuy y Tarija como en Charcas, resistirían la presencia realista.

Designado gobernador de la provincia, contrariando la voluntad de Buenos Aires y del Ejército Auxiliar del Perú, mantuvo con la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata una conflictiva relación. Las disidencias con Buenos Aires fueron atemperadas por la existencia de una crecida deuda a favor de los vecinos de Salta, resultado de las ventas de ganado, mulas y otros pertrechos realizadas para proveer al ejército durante los primeros seis años de la revolución. Güemes, en su correspondencia con las autoridades de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se manifestó siempre a favor de la unidad de las mismas y no cuestionó el liderazgo de Buenos Aires, pero sus acciones y resoluciones alimentaron los temores de Buenos Aires, de las vecinas ciudades de Jujuy y Tucumán, y de la élite de Salta acerca de sus deseos de hegemonía política.<sup>41</sup>

Los principales interesados en Salta por mantenerse vinculados a Buenos Aires fueron los terratenientes salteños con quienes el Ejérci-

---

<sup>41</sup> La documentación correspondiente a estos años y que refleja los resquemores que se manifiestan hacia Güemes es abundante. Particularmente interesante es la correspondencia de José Rondeau, jefe del Ejército del Norte en 1815, con el director supremo en Buenos Aires, y también la de vecinos notables de las ciudades de Salta, Jujuy y Tucumán. Parte de esta documentación se encuentra en Güemes, *Güemes documentado* (nota 25), pp. 33–49.

to Auxiliar del Perú contrajo una importante deuda en dinero y que aspiraban a que la misma fuera reconocida y abonada. Esta élite además temió a la plebe movilizada que Güemes había logrado articular en el proyecto emancipador americano. La inserción económica y cultural de Salta en el espacio andino, existente desde épocas tempranas y fortalecida a fines del siglo XVIII – cuando paradójicamente las relaciones con Buenos Aires se habían intensificado –, prevaleció en las relaciones de poder que Güemes construyó con los caudillos cochabambinos y que inevitablemente molestaron a una élite desconfiada y temerosa, al igual que la altoperuana, por el cariz que tomaban los acontecimientos en Salta y Jujuy, donde la insurrección se radicalizó con el liderazgo de Martín Miguel de Güemes.

Un elemento importante, a nuestro juicio, es analizar las relaciones de Güemes con los caudillos altoperuanos implícitas en la subordinación militar al considerarse éstos oficiales del ejército patriota e integrantes de su vanguardia. Esta condición amplía el poder de Güemes en tanto él accionó autónomamente en relación con el Ejército Auxiliar acantonado en Tucumán, el cual bajo la conducción de Manuel Belgrano dejaría de oponérsele mientras lograra controlar, sin otros auxilios en dinero ni hombres, a las incursiones realistas impidiéndoles avanzar sobre Tucumán. La insistencia de Güemes en que era preciso acudir en apoyo de los caudillos altoperuanos para derrotar definitivamente a los realistas, y de esa manera liberar tanto ese territorio como Salta, le permitió mantener autoridad sobre ellos. Su muerte y la firma del armisticio de la dirigencia de Salta con el jefe realista Pedro Antonio de Olañeta son una manifestación clara del resentimiento de la élite de Salta hacia Güemes y de la necesidad de controlar a la plebe que lo apoyaba. Pero sobre todo el armisticio evidencia las fuertes vinculaciones que muchos de ellos aún conservaban con quienes se habían marchado años atrás, abrazando la causa del rey.

La guerra de Independencia se sostuvo en Salta por la movilización de sectores sociales motivados por reivindicaciones que cobraban sentido político a medida que se radicalizaba el conflicto. Güemes, al igual que los caudillos altoperuanos, organizaba y encauzaba esta movilización social enfrentando al ejército realista sin el apoyo del ejército patriota de Buenos Aires. No defendió frontera alguna, defendió la “patria”, el lugar en que había nacido y donde vivía y poseía una considerable cuota de poder. Pero, y esto es innegable, defendió también un proyecto político que no admitía el dominio español en América.

